

dicionados, la llamada psicología social consideran al hombre en función del medio, y las doctrinas de *Jackson*, de *Bergson*, *Menakow* y *Mourgue*, *Minkowski*, *Jaspers*, y *Heidegger* manejan lo temporal en lo psíquico, según los rumbos del voluntarismo que había advertido que los hechos psíquicos no son cosas, sino sucesos, acontecimientos que tienen un contenido temporal. El hombre está no solo situado en la vida tal cual es (psicología profunda, *Lebenspsychologie* de *Müller-Freienfeld*) sino integrado en una totalidad hecha de su razón, y de sus afectos, instintos y pasiones, de su cuerpo, del ambiente y del tiempo, que no puede desgajarse, porque el todo no es sencillamente, como la suma de las partes, sino que adquiere, por la reunión, calidades nuevas—como un triángulo es algo más que tres líneas—, una disposición, una formación, una estructura (*Gestaltpsychologie*), de modo que, por el hecho de esa reunión, cada parte está impregnada de totalidad, como quiere la psicología totalitarista, y tiene incluso, así, íntegro, un sentido autodeterminativo, finalista, según explica la personalología de *Stern*. Ahora, en vez de disgregar y aislar la inteligencia se dá valor a la interacción de todos los factores del psiquismo, se proyecta lo somático, lo corporal—incluso— hacia los fines más elevados del hombre, y se encuadra al hombre en su espacio, que es su ambiente, y en su tiempo que no es solo el tiempo de él y el tiempo «quieto», sino también el tiempo de su historia y el de su porvenir.

*Bergson* opone dos principios fundamentales en la vida del hombre: de un lado, la inteligencia, de otro la intuición. La intuición es lo vivo, lo fluente, el devenir, el tiempo vivido; la inteligencia, lo muerto, lo

